

Milán Füst

# La historia de mi mujer

Traducción del húngaro de Teresa Ruiz Rosas



Galaxia Gutenberg

MILÁN FÜST

# La historia de mi mujer

Notas del Capitán Störr

Traducción de  
Teresa Ruiz Rosas

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *A feleségem története-Störr kapitány feljegyzései*  
Traducción del húngaro: Teresa Ruiz Rosas

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: noviembre de 2009  
Segunda edición (primera en este formato): enero de 2022

© Herederos de Milan Füst, 2009  
© de la traducción: Teresa Ruiz Rosas, 2009  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 451-2022  
ISBN: 978-84-19075-35-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Te vocamus, quod sic plasmavisti hominem et hominem itidem vocamus, qui tamen debet praestare seipsum... percipe hanc altercationem in corde nostro diabolicam, Domine! Et oculos sanctos Tuos in inopiam nostram conicere non gravator, sed conspice portentum clam nobis abditum, in extis... accedit, quod allectiones nutriunt ipsum velut alece. Et ne nos inducas in tentationem, supplicamus ad vesperum, peccatum tamen ostium pulsat intratque domum et intrat prorsus ad mensam. Amove ergo sartagine igneam, qua caro siccatur, nam animal in me debile crebro.*

Te invocamos puesto que creaste al hombre de este modo y también invocamos al hombre, quien debe hacerse, sin embargo, responsable de sí mismo... ¡percibe los diabólicos altercados de nuestro corazón, Señor! Y no cierres tus sagrados ojos ante nuestra miseria, sino que ve también la monstruosidad que habita en nuestras entrañas, y que hace que las seducciones las nutran como con sopa de pescado. Y no nos dejes caer en la tentación, rezamos al atardecer, el pecado empero llama a la puerta, se introduce en casa y avanza hasta nuestra mesa. Aleja por tanto la sartén caliente, donde se cocina la carne, pues el animal que habita en mí es muy débil.

*(De un devocionario medieval)*

## PRIMERA PARTE

Que mi mujer me engañaba, lo presentí hace tiempo. Pero con ése... Yo mido más de metro ochenta y peso noventa y cinco kilos; un grandullón, pues, como dice la gente, con que lance un escupitajo, el tipo se cae muerto.

Así juzgué, al comienzo, al señor Dedin. Pero no debo empezar por aquí. Sólo que no logro dominarme, todavía me excito sobremanera cuando pienso en todo eso.

En el fondo hice mal en casarme, lo sé. Por el mero hecho de que, hasta aquel momento, no había tenido demasiada relación con las mujeres; yo era más bien de naturaleza fría. Si echo una mirada retrospectiva a mi temprana juventud, mi historial digno de mención en asuntos amorosos se reduce a poco más que lo siguiente.

Tendría unos trece años cuando me hallaba en un parque de la ciudad neerlandesa de Sneek, próxima a Frisia, donde vivíamos en aquel entonces. Una institutriz, sentada en el parque con un niño pequeño, hablaba a gritos hacia donde estaba yo de pie:

–*Veux-tu obéir, veux-tu obéir?*

Eso me gustó mucho. Y también dijo al niño:

–*Vite, vite, dépêche-toi donc.*

Eso otro me encantó igualmente. Puede ser que ya en aquel momento tomase la decisión de casarme con una francesa. En resúmdas cuentas, escuché complacido aquella primorosa melodía y, enseguida, como por inspiración divina, me dirigí a un extremo del parque, arranqué una hoja de mi libreta de apuntes y anoté en neerlandés (porque aún no sabía escribir en francés, ni siquiera hablarlo bien, apenas entendía lo que decían):

«*Greppel, greppel*», escribí. Foso, foso. Que fuésemos un ratito al foso, que me la llevaba al huerto. Muy cerca de allí había un foso bastante grande cubierto de un fino césped. Y con esa hoja de papel

me dirigí a donde estaba la institutriz y me detuve a su lado, tal como cuando de chiquillo me enviaban al tendero a comprar algo, y empecé a mirarla galantemente. Sostuve el papel ante sus ojos.

La institutriz creyó que me había vuelto loco.

Entendió la palabra pero no el asunto del huerto. Si bien había dado un buen estirón para mi edad y cualquiera podía tomarme por un chico de dieciocho, llevaba yo pantalones cortos y calcetines hasta las pantorrillas y, por si fuera poco, una primorosa camisa azul de marinero, cuyo lazo me había atado mi madre aquella mañana.

En esa época mi rostro era aún sonrosado, pero esta vez se me pusieron coloradas hasta las orejas, de por sí bastante grandes; a cambio, tenía los dientes blancos y mis ojos eran valientes; era un muchacho de mirada fiel.

Y tampoco estaba corrompido, de verdad que no. Aún hoy no sé de dónde me vino la osadía para escribir una cosa así.

La institutriz, por supuesto, se quedó tan boquiabierta que por poco me devora con los ojos.

—*Que c'est que tu veux?* —me preguntó.

Ni siquiera en ese momento me avergoncé. Seguí de pie, en actitud galante, y después eché a correr. Actué del mismo modo al día siguiente y al tercer día también.

La institutriz, apenas me veía acercarme desde lejos con mi libreta de apuntes, se partía en dos de las carcajadas. Tenía que sujetarse la esbelta cintura debido a la risa.

Y el pequeñín que estaba con ella reía a la par. Mas yo me limitaba a mantenerme en pie, mirándola con insistencia, sin moverme de mi puesto.

—*Mon pauvre garçon* —se compadecía de mí riéndose aún, con la cara de un rojo ardiente—. *Eh bien, tu ne sais pas ce qu'il te faut* —añadía en tono apenado. Puede que fuera una mujer experimentada—. Mi pobre chiquillo —repetía—, ¿verdad que no sabes lo que te ocurre?

Y me miraba a los ojos con la vehemencia del sol abrasador, e incluso me pellizcaba la mejilla. Entonces yo volvía a marcharme corriendo.

Por fin entró en razón. «¿Por qué no? —se debió de preguntar—. De eso al menos no surgirán cotilleos ni otros contratiempos.» E ingenió lo siguiente:

A ella también le había gustado la idea del foso; había allí –por suerte– un pequeño puente con maleza debajo y ella había averiguado que el vigilante sólo recorría aquel trecho dos veces al día: a las cinco de la madrugada y después de las siete de la tarde. Por lo demás, debido al excesivo calor, ese paraje estaba desierto la mayor parte del tiempo; de modo que de buena mañana ella acudía corriendo a mí, junto al puente, con alguna cesta o un tazón de leche, pero siempre tan revuelta y somnolienta que prácticamente me volvía loco. Uno se lo puede imaginar: yo era un chiquillo muy joven y ella exhalaba aún el calor de la cama.

En casa dije alguna mentira con respecto a mis salidas al alba; a mi madre por lo demás la esquivaba, y me pasaba todo el día al sol, suspendido en un sueño. De ese modo transcurrió el verano entero. Después me hastié de las mujeres.

No obstante, al cabo de un año de este episodio, uno de mis tíos, el único gracioso y calavera, y al que había ido a visitar, me fabricó una escalera de gancho, de manera que pudiese trepar desde mi habitación a otra de la casa vecina situada encima, donde, todas las noches, tomaba su baño una preciosa dama. Dejaba ella las ventanas de la casa abiertas debido al calor puesto que era verano. Una noche me encaramé al alféizar de su ventana, como quien dice flotando entre la tierra y el cielo, y para no darle miedo, susurré:

–Aquí hay un chiquillo.

Ella no se asustó siquiera, pues me conocía de vista, y continuó con su baño mucho más seria. Después, sin decir palabra, me hizo una seña, yo me bajé del alféizar y ella, con los ojos nublados por el vapor, me atrajo hacia sí.

Que merezca la pena contar, en mi juventud no tuve sino estas dos aventuras con mujeres, si bien debo reconocer también que fueron bastante torpes. Sobre el resto no hace falta ni hablar. Yo no les hacía el menor caso a las mujeres. Sólo me burlaba de cuantos jadeaban tras ellas... Y pensaba todo género de desvergüenzas sobre ellas, por ejemplo: con cuánta arrogancia se sientan por ahí en los restaurantes, con la cabeza bien alta, cuando yo sé muy bien cómo son. Y cosas por el estilo. Concebía como algo bastante simple lo que hace uno con las mujeres (del mismo modo que otros jóvenes). Los asuntos con las mujeres son simples, pensaba para mí.



En cambio, era la comida lo que cada vez me interesaba más, especialmente cuando en mis viajes se abrían ante mí nuevos mundos. Uno de mis conocidos, el general Piet Mengs, se aventuró una vez a afirmar –lo oí con mis propios oídos– que no existe mayor cerdo que el hombre, porque lo prueba todo... Pues bien, justamente yo soy de la opinión contraria. El ser humano ha descubierto todos los sabores y todos los dones que le brinda la tierra precisamente al probar; y también estoy convencido de que, si se quiere conocer el alma de los pueblos, en primer lugar hay que paladear su gastronomía.

Es lo que yo hacía. No existe cecina de cordero que no haya comido, por mucha pimienta que lleve y el picante queme como la arena del Sáhara. Sin dejar de mencionar lo que uno come cuando va por un bazar, donde los fogones de las cocinas populares están a la vista mientras sufrían en ellos su variedad de guisos, o en Persia, cuando se avanza entre las masas que van hinchándose en los hornos de los pasteleros; las pastas de los mahometanos son realmente magníficas. Cuán espléndidamente las preparan, con qué buen gusto y pulcritud, enfundados en relucientes delanteras y sobre planchas calientes de bronce; uno se llena con el mero olor y no puede olvidarlo durante meses. Por mi parte, yo era capaz de pasarme todo el santo día ahí sentado cuando no tenía otra cosa que hacer. Aquello era mi solaz. No podía imaginarme nada más hermoso que ese gentío, ese colorido ajeno y el movimiento, además de sus lenguas y risas que yo no entendía. Y cuando aquel alboroto, a pesar de todo, acababa por desconcertarme, me hacía servir uno de sus platos y proseguía con la contemplación.

Mis compañeros me tachaban de monstruo, justamente porque me lo comía todo, pero también por otra razón: no había trabajo que no pudiese asumir. Me hacía cargo de todo lo habido y por haber.

Pues qué me importaba tener que pasarme tres o cuatro meses seguidos trabajando rudamente. Y los señores propietarios de los barcos lo sabían.

–¡Búfalo! –decía de mí un colega, un joven apellidado Ebertsma-Leiningen; del señorito me he reído bastante, porque yo siempre tenía trabajo mientras que Su Alteza, nunca.

«Seré un búfalo –pensaba yo–; es una especie muy útil.»

Y además era capaz de algo que ningún búfalo puede: no comer y no dormir si era necesario. En una palabra, para mí nada era nunca demasiado en lo que a trabajo o privación respecta; por otra parte, nada era suficiente cuando se trataba de sentirme finalmente bien un rato, y cuanto límite podía traspasarse en ese sentido yo lo sobrepasaba, tanto en lujuria como en esfuerzos. Pero ¿qué fue de aquella mi época heroica? Escucho este cuento como si no tratara de mí. Con cierta pesadumbre, no lo niego.

De mi alma, sin embargo, pensaba: «Tu dolorosa añadidura». Y eso era todo.

Por otro lado, me hice capitán de barco a temprana edad. Todavía no me habían salido los dientes caninos y ya me confiaban cargas de todo tipo que valían un dineral. De tanto en tanto yo también hacía mis negocillos de estraperlo, y así sucesivamente. Se me presentaba la ocasión de hacerlos, y de ese modo fui amasando una buena fortuna. No había cumplido los treinta y ya gozaba de una riqueza considerable.

En eso sufrí un pequeño contratiempo; en realidad no fue pequeño, sino grande. A mí también me tocó padecer el destino de los marineros: enfermé del estómago. Sentía la barriga acorazada, no podía comer. Ocurrió del siguiente modo:

Acabábamos de anclar en Nápoles y yo había hecho una buena compra en una tienda muy fina de alimentos selectos. Por lo demás, me gusta mucho hacer compras en Italia porque los vendedores siempre están de buen humor y las tiendas presentan un excelente surtido. También en aquella había delicias de todo tipo: un jamón finísimo, cualquier ave imaginable, de lo más variado, desde faisanes, codornices y pichones hasta unos respetables patos, en parte ya asados y de un dorado oscuro, en parte crudos; en este último caso mostraban un agradable tono amarillo, las cabezas escondidas bajo las alas, como si hubiesen sido creados para cabecearse sobre el mármol una vez cebados. Podría haberme quedado horas contemplándolos, al igual que los diferentes panes dulces, las nueces, las uvas, las pirámides de manzanas y castañas; pero también las garrafas de vinos de lágrima, que a uno, sin saber por qué, siempre le recuerdan a señoras alegres entradas en años.

Elegí, pues, en abundancia, de esto, lo otro y lo de más allá, hice oír el frufrú de mis flamantes billetes y después, que los paquetes susurren. Esto último es algo de lo que disfruto después. Cuando ya

estoy caminando por la calle y los paquetes entablan sus múltiples conversaciones a mi lado. Eso me gusta. Pero aquella vez pensé de manera diferente. «¿A santo de qué voy a cargar yo los paquetes? Que me los envíen a domicilio. En todo caso, todavía tengo un pequeño asunto pendiente en la ciudad, y de paso invito a un par de hombres de bien a mi barco.» Y así lo hice.

—*Ah, ah, Jacopo, carissimo amico mio*—y cosas por el estilo exclamaban los italianos con gran alharaca apenas metía yo la nariz en sus oficinas, y me recibían con los brazos abiertos...

No es novedad que a los italianos les encantan sus propios aspavientos; pero además sabían de sobra que si yo invito a alguien a cenar, es cosa fina. Mas de camino se me ocurrió una idea.

«Venga, antes de cenar como algo por aquí», pensé, y en vista de que en ese momento iba por el promontorio del Posillipo, entré en un local de allí. A saber, cerca de la orilla del mar había una taberna con una especie de terraza en el dique, pequeña y acogedora, adonde a esa hora raramente iba mucha gente; reinaba además un gran silencio en torno y el conjunto era muy tentador. Y ahí me di un buen piscolabis junto con unos jóvenes italianos. Estaban comiendo una variedad de moluscos baratos con un poco de pan blanco, que acompañaban con vino: enseguida me uní a ellos. Y conversamos de forma muy amena. Los moluscos burbujaban en los cubos llenos de agua cuando los enjuagábamos, y a nuestro alrededor estaba todo tan limpio: el malecón en donde nos sentamos, el mar y la vida... y los corazones, tan amistosos. Y, por si fuera poco, el sol no tardó en ponerse, rojo, frente al Posillipo.

«Bueno, esto me ha caído estupendamente y a la vez ha sido una simpática experiencia», pensé para mis adentros. Y me estiré satisfecho. Y puesto que siempre había sido un poco afecto a la simulación, imaginé que yo no era yo sino un lánguido navegante trotamundos que le concedía una tregua a su corazón o algo así. De modo que pagué también la bebida de los muchachos, ante lo cual ellos se pusieron de pie y me presentaron sus respetos. (A los italianos les fascina la farsa.)

Entretanto, sospecho que esos moluscos acarrearón mi perdición. Y hasta hoy considero aquella merienda como la prehistoria de mi desgracia. Porque esa misma noche ya nada me supo a nada y de poco sirvió que tuviese delante la espléndida cena que tuve.

Sentía no sé qué frigidez en el estómago a consecuencia de tanta porquería marina.

Ni siquiera los preparativos me depararon la menor alegría, a pesar de que en otras circunstancias precisamente todo aquello habría constituido mi principal deleite. En primer lugar miré si habían enviado a casa exactamente todo lo que compré; ¿no habían cambiado nada? Yo solía comprar aceite de mesa de la mejor calidad, que es como la luz amarilla de una lámpara. Y ése era de aquéllos; lo sostuve a contraluz: era virgen, impecable, y antes, la sola vista de un producto así me hacía disfrutar. Después me quedé un rato de pie en la cocina observando cómo se asaban los caracoles, porque para gozar hay que tener el deseo de gozar, eso ya lo había aprendido yo. Vivía sabiamente... Contemplé al mozo: cómo secaba los platos en el pasillo, cómo hacía girar el secador dentro de las copas y las sostenía ante la lámpara; ¿ya resplandecían como él quería? En la velocidad a veces se esconde un gran sosiego, y a mí me gustan mucho la velocidad silenciosa y el esplendor callado. Y me preparo para la cena con gran tranquilidad. Así lo hice en aquella ocasión, pero fue en vano. No experimenté alegría alguna, tal era el desarreglo de mis entrañas.

Y, más tarde, también fue en vano que observé a mis amigos. Estaban bulliciosos y me rodeaban; devoraron cuanto había mientras que yo apenas si toqué algo. Cantaban fanfarronadas y yo los escuchaba. En aquellos tiempos felices aún comprábamos en el Levante, en cantidad y de ocasión, aquel tabaco difícil de conseguir, con el que en algunos puertos los comerciantes llenaban los barcos en medio de gran palique; era un tabaco de hebra tan larga y tan pulcro y dorado como el cabello de las muchachas vírgenes... Pues de ese mismo saqué un buen paquete y lo desparramé ante ellos. Y si bien es cierto que yo también probé un cigarrillo tras otro, fue por demás. Nada me sabía a nada. Incluso la vida me pareció inútil. Nunca hasta ese momento había estado enfermo ni se me había estropeado el estómago, pero entonces me di cuenta de que había contraído el mal. Sentí de inmediato la fatalidad. Y me quedé muy amargado.

Sonaba el gramófono.

–*Niente, niente* –les dije–, *sono un poco ammalato così*. –E hice como si estuviera ebrio por el vino ambarino.

Ésos, por su parte, se sentían igual de bien sin mí.

–*Vieni, vieni* –llamaron a voces al mozo–, come en lugar de tu patrón.

Y le hicieron comer los manjares como un descosido, aunque comer durante las horas de servicio en el barco era algo que conmi- go estaba prohibido. Pero esa vez me sentía tan enfermo que no me preocupó.

De la cólera, sólo atiné a arrojar al mar cuanto quedó cuando se marcharon.

Y aquella enfermedad me condujo al matrimonio, de eso estoy con- vencido. En parte porque durante aquel banquete aborrecí un poco a los hombres. Cómo engullían de todo hasta atiborrarse y no se preocupaban por mí en absoluto.

Porque puede ocurrir que, pese a toda su experiencia, uno se dé por ofendido, de súbito, cuando en medio de su desgracia el prójimo pasa desenfrenadamente de largo, como un coche vertigi- noso, sin siquiera girarse a mirar. Una cosa así duele. Y por lo demás, las mortificaciones a las horas de las comidas, sea como fuere que las subestimen los pedantes, son cosa seria que algunos se toman muy a pecho, no sólo los niños ni muchísimo menos. Un buen colega que tuve, por ejemplo, un capitán llamado Gerard Bist, se ponía melancólico de verdad cuando le estropeaban la comida.

–Y entonces para qué vive uno –me explicó–. Uno se pasa meses enteros encerrado en un barco piojoso como en una especie de cár- cel, ¿y no va a darse siquiera el gusto de saborear, modestamente, una comida decente?

Tenía razón. Y en esas circunstancias, es concebible que yo me sintiese especialmente lastimado. Pues privado de aquel placer, ¿qué iba a ocurrir en lo sucesivo? Yo, que siempre había sido desenfrenado con las comidas, tenía ahora que ser contenido, por favor, vivir a dieta, frecuentar hospitales, ensalmadoras... Me sometí, inclu- so, a una sesión de digitopuntura y en Japón, vaya por Dios, probé un tratamiento basado en los números. En una palabra, lo intenté todo, pero en vano. Al final fui a dar con un supuesto psicoanalista. Y quién sabe si le debo a él mi mayor infortunio.

–Las mujeres –me dijo aquel psicoanalista–, las mujeres.

Y parpadeó mientras me miraba significativamente a los ojos.

Pues bien, las mujeres; echemos una mirada en torno. Pero ni siquiera eso fue necesario, ya que justo entonces conocí a mi futura esposa.

Era una chica francesa, muy coqueta, muy cosquillosa, se reía mucho, sobre todo de mí, y cuando se reía de mí se reía tanto que parecía que estuvieran haciéndole cosquillas en ese preciso instante. Justo a causa de mi propia risa, realmente explosiva, como solía decir ella, lo mismo me llamaba Tío Douc-Douc que Dodó, Cric-Crac o Croc-Croc, y también Tío Oso, pues decía que era muy cómico verme durante la cena con las dos puntas de mi servilleta erguidas entre mis orejas. Y chapoteaba en medio de su alegría como los lechoncitos en el lodo. Efectivamente, me ato la servilleta detrás del cuello, yo tampoco sé por qué, es una vieja costumbre.

—Esas dos orejotas —exclamaba ella—, junto con esas dos puntas, son algo colosal.

Y daba una serie de palmaditas con sus diminutas manos.

—¡Qué desharrapado, qué desharrapado! —exclamaba asimismo, asomándose a la ventana, cuando me veía subir las escaleras de detrás de la iglesia (su vivienda, a saber, estaba en la colina, tras la iglesia), y yo tenía la sensación, ni siquiera sé por qué, Dios lo sabrá, de que ya se había asomado a su balcón de ese modo para agrandar a toda clase de caballeros, como una fragante rosita francesa.

Era una pecadora, eso lo percibí de inmediato, una pecadora. Pero a mí eso no me afectaba porque me sentía muy bien con ella. Le pedí que dijera: «*Veux-tu obéir? Veux-tu obéir?*».

Y lo dijo con aplicación. A partir de entonces, me recibía de ordinario con esa frase. En una palabra, era inteligente, muy inteligente. Pero también hábil, porque aprendió a una velocidad sorprendente cómo hay que tratar conmigo. No se oponía a nada y eso es lo correcto: ¡que haga yo lo que se me antoje! Y ya lo digo: de todo eso se habría podido inferir cierta experiencia en el trato con hombres, pero yo no quería tenerlo en consideración, lo deseché de entrada. «Si me gusta, me caso con ella, ¿a qué tanto meditar?», pensé, puesto que los hombres de mar no somos, ni por asomo, tan dados a la cavilación como los de tierra firme; digo esto porque he visto lo suficiente cuánto reflexionan estos últimos hasta tomar una decisión. Pero ¿nosotros?

Me hallo en permanente peligro de muerte, y en aquel tiempo lo estaba en particular, no solamente en el mar, sino también porque tenía tratos con unos dandis levantinos, unos malandrines bastante peligrosos; entonces, ¿para qué pasar tribulaciones con tal género de minucias: que si mi mujer me quería o no, si me sería fiel o no mientras yo no estuviese en casa? Las mujeres, por lo demás, tampoco son fieles, en especial las esposas de capitanes, eso forma parte del asunto. Así que le compré un montón de pulseras y collares y me casé con ella. Porque a nosotros, los hombres de mar, tampoco nos gusta cortejar durante mucho tiempo. Tenía un colega cuya única forma de galantear era ésta:

–*Andiamo a letto* –le decía a la dama en cuestión inmediatamente después del primer paseo vespertino.

Y las había que se dejaban impresionar justamente por esa frase. Si no enseguida, sí al cabo de dos semanas. Rasgarse las vestiduras por una cosa como ésa sería una lástima, la vida es así. Claro que no es elegante por mi parte citar esto precisamente aquí, pero ¿a santo de qué andarme con tiquismiquis? Así era yo en aquel tiempo. Para mí, el matrimonio no era más sagrado que una zanahoria, digamos. Y me sentía muy por encima del sacramento, o al menos eso creía. (Y este escrito sobre mi vida trata precisamente de cómo más tarde tampoco resultó que fuese del todo así.) En pocas palabras, me casé con ella. Y creo que de inmediato tuvo un asuntillo, fue muy poco después de nuestra boda; al menos es lo que deduje de los indicios. Y no afirmo que me sentara muy bien esa rapidez, pero me sobrepuse a ello. Porque me dije lo siguiente: no vale la pena portarse mezquinamente. No estoy acostumbrado, de ningún modo, a esa clase de mujeres que sólo me pertenecen a mí... ¿y ahora voy a ir tras ella, espiarla, recoger pruebas? ¿Para qué diablos? Si no lo hace ahora, lo hará en otra ocasión. ¿Cómo no habría de hacerlo? Estoy lejos durante meses, eventualmente medio año: ¿se puede exigir a un ser humano algo sobrehumano? ¿Que durante años languidezca ella sola? Y si no hace otra cosa que languidecer, entonces ya ni siquiera podrá decir con tanta gracia cantarina: «*Veux-tu obéir?*».

Y entonces yo tampoco disfrutaré con ella. Y aunque, como digo, no le concedí mayor importancia al asunto, anoto cuanto sé de ese primer caso, no porque fuera especialmente interesante, sino porque soy de la opinión de que en ese género de cosas el primer

caso tiene un poquitín más de importancia. Pero también lo hago por otra razón. Para dar una idea de las circunstancias y condiciones en las que había vivido mi mujer anteriormente; es decir, para dar a entender qué clase de loco de remate habría sido yo si, estando en autos de todo eso, me hubiera angustiado pensando en la fidelidad de mi mujer.

En aquel entonces vivía en la isla de Menorca una gran mezcla de gentuza: prófugos italianos, emigrantes eslavos y una banda de suecos de la peor calaña a quienes la vida les había ido mal en Sudamérica y ya habían sido condenados a la pena capital dos veces, pero ambas se habían escapado y habían atravesado el continente a lomos de búfalo, marchando a paso pesado desde el Atlántico hasta el Pacífico. Además había bolcheviques alemanes, insurrectos polacos y otros tipos sospechosos de espionaje; sé en quiénes estoy pensando ahora: eran gente bastante ignorante, pero que sin embargo salía adelante de una u otra forma, nadie sabía cómo. Uno de ellos, por ejemplo, gracias a que era un experto en dar lástima con sus artes declamatorias... y así sucesivamente. Entre ellos vivía mi mujer. Y contra ellos ni siquiera yo habría tenido objeción alguna. «Con ellos por lo menos aprende lo que es la vida –pensaba–, y no sólo en la superficie, sino también en el fondo, ¡aprende a conocer la vida completa!» Al menos podía hacerse una idea de lo que había visto yo en los puertos y en otros lugares... Pues la verdad es que un hombre de mi condición parece haber vivido la historia de la humanidad condensada. ¿Que cómo es mi particular historia universal? Una vez pensé lo siguiente: si alguien la leyese hasta el final después del enfriamiento de la Tierra, no podría sino pensar que en este planeta no vivieron más que estafadores, homicidas, asesinos con estupro y encubridores, es decir, nada más que monstruos, o que aquí no hubo otro modo de sobrevivir para el ser humano que matando... Justamente en nuestra profesión ocurre a veces que pasan años enteros hasta encontrarnos frente a una persona decente. Y dado que mi mujer también había pasado por alguna que otra experiencia, yo no debía temer que un día comenzase a salirme con dengues, a hacerse la remilgada conmigo, ay por Dios, esto o lo otro, que no me había expresado con la suficiente delicadeza o cosas parecidas que me pueden sacar de quicio. Conque en este sentido mi mujer parecía bastante adecuada para mí.



Pero ahora permítaseme continuar en el punto en que abandoné la descripción sobre qué clase de relaciones de toda laya se daban entre los señoritos aquellos en la isla de Menorca. Mi casero, por ejemplo, don Juan, me describió de la siguiente manera la confusión reinante en el seno de un pequeño círculo, precisamente aquel del cual salió mi mujer. Trataré de evocar su relato.

Tengo que empezar con la primera esposa, ya divorciada, del escritor berlinés Koch. Esta señora vivía bastante bien con un italiano propietario de un coche llamado Samuele Annibale Ridolfi. Por lo demás, el señor Ridolfi, a quien yo conocí, era una persona harto almibarada, de hermosa dentadura. He ahí, pues, la primera pareja: la señora Koch y Ridolfi, que vivían en la costa. Y en Nochevieja de aquel año fue a visitarlos un matrimonio escandinavo (¿noruego?, ¿sueco?), que a pesar de conocerse desde la infancia y haberse casado por amor un año atrás, no llevaba una vida feliz. Y a esta última señora le dio un ataque de apendicitis en plena Nochevieja, es decir, en casa de la señora Koch y el almibarado señor Ridolfi, de modo que esa misma noche hubo que llevarla al hospital y cuando salió de allí también fue a la costa, a casa de su amiga, a reposar...

—Es decir, ¿a casa de quién? De la señora Koch número uno, la amante de Ridolfi, ¿entiende usted esto, mi estimado señor? —me preguntó el chismoso anciano, mi casero.

—Pero ¿cómo demonios no iba a entenderlo? Sólo que ¿por qué llama a la señora Koch, la número uno?

—Enseguida lo va a escuchar, mi estimado señor. Es más, tomemos mejor este trocito de papel y aquí le dibujo ahora tres personitas enamoradas, para que no confundamos el orden, fíjese en esto. Es más, también una cuarta, de la cual me acabo de acordar, y aquí humedezco el lápiz con saliva para reforzar el trazo porque representa al pequeño Uriel, que es un chiquillo habilísimo y ágil; yo también le he cobrado afecto...

—Pero ¿de qué Uriel me habla? ¿Y por qué lo humedece y refuerza tanto al pobre?

—Enseguida lo va a escuchar, mi estimado señor —repitió él con una sonrisa interminable—. Porque ahora viene la complicación. Siendo aquella Gerda del Polo Norte, por lo demás, una criatura de color muy rosado, y que precisamente en la convalecencia se puso como un tomate tempranero, era, pues, muy natural que se ganase

el corazón del almibarado Annibale: el desenfrenado italiano se enamoró de ella. De modo que la primera esposa, divorciada del escritor berlinés Koch, tuvo que marcharse de la casa, mire aquí, también la dibujo. ¿Y de dónde partió? Lo vuelvo a decir, de la costa. Y además ni siquiera partió sola, y ahora se lo ruego, no se impaciente con esto, porque alguien más estaba con ella... Bueno, lo ve, ve que dio en el clavo, claro que era el pequeño Uriel, mi estimado señor... Y ahora vuelvo a humedecer un poquito el trazo –continuó malévolamente–. Porque a fin de cuentas también tengo que decir quién es aquel Uriel, ¿no es verdad? Es de saber que este Koch tan prolífico en ramificaciones se casó por segunda vez, ¿qué le vamos a hacer? Y de allí nació ese ágil chiquillo. Y que después también se divorciase de aquella mujer, podemos admitirlo, el mundo tampoco tiene la culpa de ello. Él era de ese tipo de hombres. ¿Y quién era ese hombre? Pues el escritor Koch. Sólo que su hijo, por otra parte, no estaba tampoco donde su madre, de lo cual tampoco podemos responsabilizar a nadie, porque en general nunca estaba donde ella, sino que gozaba de la vida en casa de la señora Koch número uno, de modo que también tuvo que marcharse, ¿y de dónde, mi estimado señor? Una vez más lo recalco: de la costa. Lo expongo muy bien –continuó satisfecho, dando una calada a su cigarrillo–, bien de verdad. Porque muéstreme a alguien más *en esta maldita isla*<sup>1</sup> que se lo cuente a usted así. Por lo demás, la madre del pequeño Uriel es muy bella, una señora judía grácil y menuda, de blanco cuello, además, como las yeguas andaluzas, caballero, una cierta Hannah, a quien, al parecer, no le hacía mucha falta el hijo, puesto que ella también andaba enredada en relaciones: a saber, vivía en la isla de Foradade con su amante, un joven piloto alemán. Y corría el rumor de que ellos también vivían muy bien. El hombre tenía un hidroavión y a menudo despegaba del mar. En vista de que el señor Koch, sin embargo, le había escrito precisamente a Ridolfi quejándose mucho de lo mal que le iba en Berlín, esa primera esposa de Koch, y ahora preste atención al dibujo, le escribió a la segunda esposa de Koch, mire aquí, también la estoy dibujando, es decir a la madre del niño, es decir a la actual amante del aviador, a la preciosa Hannah, le escribió a la isla de Foradade, para que alquilarasen alguna vivienda y que el escritor Koch también viniese aquí y

1. En castellano en el original. (*N. de la T.*)

viviesen todos juntos... ¿Acaso no era simple la cosa? –Rió a carcajadas mirándome a los ojos.

Es más, hasta se puso su gorrito rojo de estar por casa en señal de satisfacción.

–Y ahora viene el equilibrio definitivo más el desenlace: de buenas a primeras las complicaciones se abochornan y se esfuman. ¿Qué le parece?, pues así fue como en adelante se compuso todo aquello, tal cual. Pero así exactamente, en *toda armonía*,<sup>1</sup> mi estimado señor. Es decir que, conforme a esto, ahora residen cinco en esa vivienda: las dos señoras de Koch, el amante de la segunda señora de Koch, vale decir de Hannah, o sea el joven piloto, más el hijo de Hannah y el propio escritor Koch de Berlín. Y todos ellos viven ahora juntos, felices en esa ensalada.

Ése fue el preludio. Porque sólo a partir de aquí se sumó a ellos mi futura esposa.

Sobre ella también se murmuraba bastante. Tal como podía escucharse de boca del viejo casero, pero lo mismo de otros en esa isla urdida de cotilleo, por aquel entonces mi futura esposa todavía no se interesaba mucho por el almibarado señor Ridolfi, puesto que, probablemente, sólo a una persona consideraba verdaderamente digna de su bienquerencia, y ése era el joven aviador, que respondía al nombre de Eugen Hornmann. Al menos fue de eso de lo que yo me enteré en cuanto al estado de cosas de entonces: que apenas llegó la pareja a la isla, Hannah junto con ese Hornmann, mi futura esposa perdió por completo su exiguo autodomínio. A tal punto había cautivado su simpatía el aviador. Pero ¿cómo no? Una joven profesora de lenguas, menudita, y por añadidura entre puro forastero. Es lo más natural, que se alegre de gozar de un poquito de auténtica civilización francesa junto a alguien. Puesto que ese Eugen Hornmann hablaba a la perfección toda clase de lenguas. Ciertamente igualmente corría aquel rumor de que esos conocimientos de idiomas –en particular, sin embargo, su excelente pronunciación del francés– así como su saber aeronáutico los ponía al servicio de asuntos espinosos y de dudosa reputación, si bien no exactamente de espionaje, sí a una especie de servicios secretos a favor de Alemania, y aunque era evidente que esta habladuría le sentaba mal a mi futura esposa, ella no perdió la sim-

1. En castellano en el original. (N. de la T.)

patía por el hombre y en ese punto le di también la razón. Bien hecho. La gente no debe ser melindrosa, de lo contrario no llegará muy lejos sobre la faz de la Tierra. Y con mayor razón si concede prioridad a un aspecto menos importante que los prioritarios. Yo, por ejemplo, en los tiempos en que estaba sano, me comía una torta de mantequilla aunque se me acabara de caer al suelo justo delante de la boca. Imaginémoslo: estoy de pie en cubierta, el sol abrasa y el cocinero me lleva algún pastel delicioso como desayuno, por sorpresa, y yo ya me estoy embutiendo un bocado cuando se me cae delante de las narices... Simplemente lo alzaba del suelo y me lo comía. ¿Por qué? Porque no me parecía correcto que me llevaran otro. Porque ése era el pastel que tenía que ser para mí, era irremplazable por consiguiente. Que es así, lo sé por experiencia de millones de veces, digan lo que digan los presuntuosos: que uno como mucho lo que podría hacer es lanzar el pastel al mar de un puntapié.

Todo esto lo calaba yo muy bien en aquella época, sólo más tarde cambié a ese respecto, tal como describiré más adelante. (Ése es justamente el tema de este escrito autobiográfico.) Pero continuemos. Nos quedamos en que mi futura esposa no dejaba que le afectasen las habladurías sino que, aun en contra de sus propios reparos, amaba a aquel Hornmann... Pues actuaba con juicio, digo yo. Que ese señor a su vez amase a su patria, Alemania, era algo que mi futura esposa le tomaba al hombre tan poco en cuenta cuanto que ella también amaba a su propia patria, Francia. Y que ese Hornmann en el fondo tuviese dueño, le correspondiese a otra mujer, por Dios santo, eso a ella tampoco le preocupaba. Según el relato de mi casero, el malicioso don Juan, solían encontrarse en las plazas de las iglesias, en los cementerios y en las ramblas de los bastiones para evitar a la celosa Hannah, a saber, temprano por la tarde, a la hora de mayor calor del sol, cuando la ciudad duerme... Más adelante escuché aun otra tórrida historia más sobre ellos. De cómo una vez la señora Hannah salió a seguirlos a pleno sol. Y entonces, en una gran terraza, en un parque, vio un sombrero de mujer, efectivamente, rodar por el lindero. Porque acababa de levantarse un vendaval. Y ella de entrada recogió el sombrero, mas entonces, como lo reconoció en el acto, le dio de golpes con el parasol, pero después lo soltó. Que vuele, que se lo lleve el viento. Se limitó a gritar:

–¡Oh, farsante desleal, farsante desleal! –repitió a los cuatro vientos en castellano, y se marchó.

Y a eso tampoco le di demasiada importancia, por muy sarcástico que fuera el bueno de don Juan. Y no es que yo fuese un cínico, sino que me gusta la imparcialidad a la hora de examinar las cosas: en aquel entonces aún era así. Jamás había pensado, por ejemplo, que el universo hubiera empezado a existir sólo por complacerme cuando yo llegué al mundo. Tampoco se me había ocurrido que a una mujer no le hubiese estado permitido vivir ningún tipo de vida hasta conocerme. Traté, pues, con ella el asunto de nuestra boda, y acto seguido le dije así:

–Verás, ha llegado el momento de elegir para el futuro entre las compañías que has tenido hasta ahora y yo, al menos por un tiempo. Pues no me apetece mudarme contigo a la vivienda del señor escritor Koch como la sexta y la séptima personas. Y en mis costumbres no soy, en absoluto, ni tan alegre ni tan alocadillo como éstos. Por otra parte, tampoco se puede vivir mucho tiempo en ese plan. Porque, sea como sea, en esta vida se necesita cierto orden, ¿no es así, corazoncito mío?

Y en eso mi mujer me dio absolutamente toda la razón. Dijo que claro que sí que hacía falta un poquito de orden, que eso era en verdad necesario en el mundo. Ella misma lo dijo, tal cual. Es más, ella misma acudió a mí con el deseo de que vayámonos de aquí, abandonemos esta loca isla. Porque ya se estaba desencadenando una pequeña tormenta y un desbarajuste amenazaba a la comunidad completa de los Koch. La primera señora Koch, la de gafas, a saber, como si recién entonces comenzase a darse cuenta de cuán insensata había sido al consentir que la desalojaran de su dulce hogar a orillas del mar so pretexto de una apendicitis, comenzó a armar un alboroto tal que resonaba en toda la isla.

Que ya iban a ver, que si patatín, que si patatán. Que se iban a enterar, malditos. Amenazó con mudarse a Londres y abandonar esas costumbres de vida patriarcales. Y sólo con eso seguro que hubiera ocasionado un gran problema, porque ella por lo menos tenía ahorrado su poco de dinerillo, y sin él ¿adónde iba a parar la comunidad? Pero dejémosla también a ella, que esos pormenores ya no son importantes. Lo esencial no es más que el hecho de que mi mujer deseaba trasladarse conmigo a París, a pesar de que jus-

tamente hasta entonces no había querido ni oír hablar de ello. ¡Por nada del mundo! Me daba la impresión de que tenía aversión a su país natal. Pero ahora de pronto sí quería ir.

—Yo también he estado pensando últimamente en que nos vayamos a París —me dijo.

—Bien dicho —respondí.

Y dicho y hecho, también muy rápido. No llegó a transcurrir una semana cuando, asunto concluido, ella ya había reunido sus pocos bártulos y ya estábamos despidiéndonos de la isla. Nos dimos tanta prisa porque, según su deseo, era en París donde íbamos finalmente a celebrar la boda.

Es decir que, como puede verse, mal que bien aquél era un pequeño acuerdo entre nosotros. Y si no era válido de por vida, habría que haber considerado como acuerdo los propósitos nacidos de la aversión del momento. Pero mi mujer tampoco estuvo dispuesta a eso, ella no cumplió siquiera con este convenio mínimo.

El asunto fue que el almibarado Annibale Ridolfi (el mismo que había desalojado a la primera esposa de Koch de la costa) se dirigió a París en su coche detrás de nosotros, a saber, muy poco después de nuestra partida. Y que no se trata aquí de un encuentro fruto de la casualidad, sino que efectivamente viajó detrás de nosotros, no sólo lo sé porque escuché su nombre con mis propios oídos, precisamente en un despacho policial en relación con mi mujer, en París (lo que voy a describir enseguida), sino también porque incluso se estuvo lamentando ante alguien, tal como sé a partir de una información posterior, de haber dejado a esta tierna codornicilla, es decir a mi mujer, escaparse por el centeno... (El centeno en este caso sería yo, al parecer.) En otras palabras, se ve que deploraba no haber probado también el placer con la mujer francesa de corazón ligero.

Pero repito, de estos pesares sólo me enteré pasados los años y por casualidad y entonces ya ni siquiera me interesaban. En París, en cambio, a primera hora de un día entre semana, me llevé la siguiente sorpresa:

Estábamos instalados en nuestra vivienda hacía apenas unos meses, yo acababa de desembalar en el recibidor ciertos paquetes recién llegados, cuando suena el timbre y yo mismo recibo una cita-

ción de la policía a nombre de mi mujer. Esto me pareció ya un pelín extraño. Pues ¿qué asuntos tiene ella con la policía? Miro el escrito: debe presentarse un par de días después.

–Mire qué le ha llegado.<sup>1</sup> –Le llevo el papel a la habitación. (Lo advierto, no decía por qué la buscaban, *pour l'affaire vous concernant* era todo lo que figuraba, nada más.) Y ella también lo mira, después se echa a reír–. ¿Qué es esto, pues? –le pregunto.

–Vaya, así que usted tiene que saberlo todo, *Jacopo mio* –responde riendo.

Y aunque esa risa suya no era ofensiva, tenía en sí alguna desfachatez. Pues por qué no habría yo de preguntar qué clase de trámite tiene ella pendiente en alguna parte. Pero no dije nada.

Hay que saber que en aquel entonces aún vivíamos en el centro de la ciudad, en la Place Saint Sulpice, rodeados por todas partes de los trastos de los comerciantes de objetos litúrgicos. Y a pesar de ser un sitio santo, mi mujer fue capaz de afirmar con todo descaro que algunos días atrás, por la noche, cuando se disponía a volver a casa, había atajado junto a la iglesia y un hombre le arrancó el bolso de la mano, lo que hasta ese momento no se había atrevido a confesarme.

–Así que no tengo bolso de mano –dijo riendo, y abrió su armario del todo al mismo tiempo–, no tengo –repitió–, mi bolsito levantó el vuelo –prosiguió con su dulzura infantil.

Y eso ya fue demasiado. Que me lo dijese así a la cara. De modo que tomé la determinación de ir personalmente a la policía. Y fui aquella misma mañana. Sólo que hay que conocer a los franceses. No solamente son gente robusta y de agallas sino que además no se dejan engañar. Para mi buena suerte, me enviaron donde un oficial bastante estúpido. En su puerta había un letrero que rezaba: «Asuntos automovilísticos, circulación grupo A». «¿Qué clase de circulación?», pensé.

1. Este tratamiento de usted, en húngaro «maga», es una forma intermedia entre los castellanos «tú» y «usted»; aunque evoca los tiempos del Imperio austrohúngaro, aún se utiliza para diferenciarlo del usted administrativo y oficial, por ejemplo. En esta novela, su uso entre la pareja (alternado con el tuteo) no implica necesariamente distanciamiento en el momento de decirlo, sino generalmente un mayor aprecio, una mayor admiración y respeto por el ser querido. (*N. de la T.*)